

sistemas inventados por los esfuerzos del entendimiento humano), no queriendo reconocernada superior á ella, ha venido á negar la existencia de los misterios del cristianismo, mientras que se ve forzada á encontrar otros inexplicables á cada paso en la naturaleza. Conmoviendo como otro Sanson las columnas del mundo intelectual y moral ha parecido entre sus ruinas. Partiendo de la negacion de las verdades religiosas en cualquiera grado, arrastrada por el mismo hecho á negar toda verdad, se ve reducida á abjurar de la razon humana, al tiempo que mina los cimientos de la fé divina. No queda, pues, á los disidentes racionalistas mas arbitrio que admitir la fé, á pesar de sus oscuridades y misterios. Tal es la que proclama la doctrina católica. Ella, en armonía con las necesidades de la época, cautiva con sus velos impenetrables la razon altiva y soberbia que el filosofismo ha ensalzado algunas veces hasta el delirio. Si esta encuentra tinieblas, ¿será bastante motivo para repudiar la fé? No, sin duda esta oscuridad es una razon mas para creer, porque la fé debe ser oscura en su objeto, supuesto que es la conviccion de las cosas que no vemos, y debe ser clara en el motivo de la autoridad que la dicta. Si todo lo comprendiese la razon humana, no habria fé. En vano se proclama la independencía de la razon y se presentan como ilimitadas las conquistas de la inteligencia humana, que será siempre limitada y finita. El hombre con el auxilio de solas las luces que toma de aquella,

siempre será un misterio para sí mismo: los que quieren comprenderlo todo, deliran: el misterio es inseparable del hombre, por cualquiera lado que se le considere. En el dominio de las ciencias, el entendimiento humano toca por todas partes en sus limites. Todo lo que no es religion, está lleno de enigmas indescifrables; y no podrán admitirse en el conocimiento de lo infinito! ¿No deben encontrarse mas cuando se trata de Dios? ¿Cómo habia de manifestarse á lo finito lo infinito sin imponerle misterios? La razon asistida de sus aberraciones, viene á pedir á la fé sus santas oscuridades.

Sabida es la opinion que en esta materia tenia aquel filósofo, las mas veces desenfrenado apologista de la razon; pero otras amigo de la verdad. Así se explicaba: "Cuanto mas me esfuerzo en contemplar la esencia infinita, ménos la concibo; pero cuanto ménos la concibo mas la adoro: el uso mas digno de mi razon es anonadarse delante de aquella (1)." Si el hombre comprendiese los misterios, debia costarle mas trabajo creerlos, porque habria motivo para desconfiar de un sistema que el hombre pudiera haber discurrido: la oscuridad es necesaria para la fé. Lejos de que la inteligencia y el ingenio se abatan por eso, nada hay que mas armonía tenga con la dignidad humana. Si el conocimiento de la verdad religiosa fuese únicamente el resultado de los esfuerzos de la ciencia, el mayor

(1) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pag. 95.

número de los hombres no llegarían á penetrarla, Proscritos y envueltos en la mas vergonzosa ignorancia, no les quedaba otro recurso que usurpar la vida enteramente animal de los seres destinados á su servicio y sometidos por la naturaleza al imperio del hombre. A los ojos de la religion, el derecho inalterable de la santa dignidad del hombre es que todos sean iguales. ¡Y que despues de seis mil años todavía esté la inteligencia humana fabricando una religion con la ayuda de sofismas y nebulosas teorías! Vanos serán sus esfuerzos. Solo la oscuridad de la fé impuesta para todos sin distincion es la que realiza esa noble igualdad. ¡Profunda sabiduría de la fé! Con sus misterios confunde el orgullo para salvarle del abatimiento, del error, y eleva á la clase del ingenio á la multitud del género humano: esto es evidentemente comprender la dignidad del hombre. La fé en los misterios llena una facultad íntima de nuestra alma, y satisface, segun el pensamiento de Bayle, todos los fines de la religion. "Todos los fines de la religion, decia, se hallan mejor satisfechos en los objetos que no se comprenden: inspiran mas admiracion, mas respeto y mas confianza, y forma uno mas consoladora idea de ellos." Si la necesidad de misterio es para el hombre una divina indicacion de la alianza que tiene que contraer con un ser superior; los misterios son á su vez el carácter cierto de una fé elevada que ha penetrado mas en las regiones de lo infinito.

Despues de esta simple esposicion ¿se podria de buena fé tratar de combatir ó eludir nuestros misterios con pruebas tomadas de otro orden que aquel á que corresponden? No se enseñan estos como verdades metafísicas, sino como hechos, cuya última razon es superior á nuestra inteligencia: están fuera de las leyes de la naturaleza y las superan. Testimonios de orden muy superior, monumentos irrefragables prueban que Dios los ha revelado: son verdades históricas. Suponer despues que son contrarios á la razon, es querer sentar como principio que una verdad metafísica puede destruir un hecho histórico demostrado cierto. Con todo, no se nos puede disputar que cada orden de verdades tiene su certidumbre propia, entera é igual á las otras de su género. Si Dios habló, su palabra es infalible, y los misterios son ciertos con toda la certidumbre de la misma verdad divina. Es, pues, falso que los misterios sean opuestos á la razon, solamente son superiores á ella porque la soberana razon los reveló. ¡Cómo podian hallarse contradicciones y repugnancias en lo que nuestra razon no alcanza? Mas ¿quién no recuerda un dicho de Pascal, arrancado por el conocimiento mas profundamente verdadero de la dignidad humana? "El último paso de la razon, dice, es conocer que hay una infinidad de cosas que le son superiores: muy débil es si no llega hasta ese punto." Ahora preguntamos: en cuanto se supone que la razon humana no es capaz de comprenderlo todo, ¿no que-

da justificado que un dogma puede traspasar los límites del entendimiento humano, sin que encierre la negación de ninguna verdad demostrada? También se deduce, como consecuencia rigurosa, que es imposible señalar en ellos contradicción alguna, porque sería preciso tener una idea clara y distinta de los términos que afirmasen el sí y el no del mismo objeto y bajo las mismas relaciones. Así es, que podemos decir con Bossuet, que por desechar misterios incomprensibles, se precipita el hombre con frecuencia en errores incomprensibles.

En vano se acusaría á la fé de que aniquila la razón, obligándola á creer lo que no comprende. Es cierto que la fé no admite la filosofía como verdad completa, dejándole libre el campo de las ciencias, de las artes y de la industria para sus escursiones; y la obliga á que reconozca su impotencia para elevarse hasta la comprensión de los divinos atributos, y descender hasta los secretos profundos que la humanidad encierra en su seno. Pero la filosofía no es la razón: esta es la facultad de conocer, y aquella no es otra cosa que el resultado de sus investigaciones, la regla ó camino que se ha abierto para llegar al conocimiento de lo verdadero. Lejos de que la fé escluya la razón, la supone y consagra todos sus derechos. La revelación se dirige á la inteligencia para que esta compruebe su existencia: le exhibe aquella en cierto modo sus credenciales; y hasta que la inteligencia las ha admitido, no la manda como soberana la revelación.

Así, la fé siempre ha honrado los ingenios. Tuvo elogios para Platon, Aristóteles y Descartes; Bossuet honró al último como á su maestro, y Clemente Alejandrino daba el mismo nombre á Aristóteles. La fé tendrá algun dia elogios para todos los grandes hombres contemporáneos, como los tuvo para Newton, Mallebranche, Leibnitz y Bacon, cuyos descubrimientos y talento apreció y honró. Dicen que la fé prohíbe el uso de la razón; pero es una equivocación estravagante. Si no se presta á reconocerla como infalible, le concede la facultad de poder llegar al conocimiento cierto de la verdad: el hombre lo consigne en efecto, cuando se trata de los motivos de credibilidad y de cualesquier otros hechos históricos. Es cierto que la fé tiene misterios; mas lejos de que la razón se oponga á la creencia de estos dogmas incomprensibles, convida á ello, porque por ser superiores á nuestra inteligencia, no dejan de fundarse en un motivo de certidumbre incontrastable. El motivo de la fé es Dios que se presenta con el cortejo inseparable de sus infinitas perfecciones: es su omnipotencia de veracidad é infalibilidad; y la garantía de la fé para todos, es la mayor autoridad que se dió jamás á la tierra. La Iglesia dice al adulto y al niño, al docto y al ignorante: cree, y despues ecsamina, raciocina y comprende, segun la magnífica expresion de S. Agustin: *Crede ut intelligas*. Luego si estamos rodeados por donde quiera de misterios impenetrables, ¿no seria absurdo suponer que podamos com-

prender los de Dios? y ¿no es hasta insensato impugnar la Religión cristiana por el lado que es inespugnable á las armas de sus enemigos? O Padre comun de los hombres, ¡cuán dulce es meditar estas verdades, que tuvisteis por bien de revelar al mundo! La doctrina sublime que encierran es el pan de los fuertes con que quereis alimentar á vuestros hijos. ¡Desgraciados los que la desdeñen, y permanezcan espuestos á crueles engaños?

La verdadera filosofía es la doctrina católica: solo ella tiene á su favor la verdad completa, porque solo ella posee el secreto de Dios y del hombre, y el conocimiento cierto de las verdades que constituyen la vida moral de los pueblos. Sin duda el Criador iluminó con su luz desde la cuna del mundo á la gran familia humana; pero no habia querido abandonar ese débil arbusto á la impetuosidad de los vientos y al furor de la tempestad. Jamas fué mas brillante esta luz que cuando la voz del Eterno, que se habia oido en el Eden, en el Sinai, en la nube, bajó fuerte y lastimera desde la cumbre del Gólgotha. Ya la inteligencia humana no tuvo que andar errante á la ventura, extraviándose aquí y allí, engañada con algunos rayos de una luz páfida, consultando á todas las escuelas, que no contestaban mas que con gritos de apuro, y preguntando por los caminos de la vida á unos sábios que la introducian en las sendas de la muerte. Ya el hombre no tuvo que poner su corona á los piés de los súbditos de su grande imperio,

ni hacerse esclavo de una naturaleza, que era llamado á mandar. Los preceptos católicos oponen á la ignorancia del hombre sobre la naturaleza y atributos de la Divinidad, la doctrina mas luminosa sobre el Ser soberano, que es el principio y la última razon de todas las cosas. Descubren la magestuosa unidad de su naturaleza en la trinidad de las Personas, y se nos aparece la divina reparacion que dispó todas las tinieblas haciendo brotar la fecundidad y la vida del seno mismo de la esterilidad. El hombre, que hasta entonces era un misterio inesplicable para sus ojos enfermos, fué revelado al hombre mismo: lee su nombre en el pensamiento divino; y se ve rey de esta magnífica creacion, en cuyo seno todo le anuncia que este mundo es un palacio preparado para su habitacion: que el brillante astro que le vivifica, es la antorcha destinada para dirigir sus pasos. Comprende que posee en sí mismo un reflejo de la luz increada, y que su verdadera patria no es la movible arena del desierto en que intentaria á veces levantar su tienda. Oid la doctrina católica, y conocereis los hombres y las cosas. Al darnos lecciones de lo pasado, nos enseña á penetrar lo presente y á conjeturar lo venidero. La declinacion de la humanidad se detuvo en Jesucristo, en el cual empezó el progreso. La cruz vino á ser el punto de partida y el concurso de todos los pensamientos humanos. Aquí tenemos simultáneamente la prueba y los resultados de uno de los hechos mas notables de nuestra época, poco

acorde si se quiere, con la prevision del filosofismo, pero que no por eso es menos incontestable: la marcha de nuestro siglo hácia el principio de perfectibilidad depositado en el seno del cristianismo. El progreso que se convirtió en otro tiempo contra él, ha venido á ser entre nosotros uno de sus mas poderosos auxiliares.

Descúbrese sin duda bajo diferentes aspectos la necesidad que sienten de él nuestras sociedades modernas, las cuales quieren progreso para la inteligencia en las artes, el comercio y la industria: efecto admirable que no tenemos que disputar ni contradecir; pero que no podemos atribuir á la causa que los filósofos le señalan. No viendo el Sr. Michelet en la naturaleza mas que una pugna incesante entre la libertad y la fatalidad, hace consistir la ley de todo adelantamiento en el triunfo de la primera de estas fuerzas sobre la segunda. "La libertad, dice, es el fin de la humanidad: el progreso no es mas que la marcha de ésta hácia aquel (1)." No llevará á mal que no atribuyamos únicamente á los adelantamientos de las facultades humanas los progresos que aparecen en el mundo religioso y social. Para nosotros es imposible desconocer la parte de Dios y la parte del hombre.

Confesamos con gusto que la vida de las sociedades temporales crece y adelanta fuera de la so-

(1) *Introduccion á la historia universal.*

iedad espiritual y por la libre accion del hombre; pero el principio de esta vida viene de Dios, y consiste en las primitivas verdades que son superiores á las empresas de la razon humana, porque tienen su origen en la revelacion, que en medio de las diferentes formas que toman los sociedades, permanece inmutable para formar la creencia de los pueblos. Todo progreso se lleva á cabo con estas dos condiciones: la razon y la fé. Esta toma por base los hechos sobrenaturales, cuya certidumbre descansa en el divino testimonio. Sus fundamentos son la palabra de Dios y los milagros. La autoridad que impone la conviccion, es la certidumbre de un hecho sobrenatural que confirma las verdades que se trata de creer. La razon, tomando por base los hechos naturales que le atestiguan la palabra de los hombres y el gran libro de la naturaleza donde el dedo de Dios trazó en el tiempo sus eternos pensamientos, percibe las verdades que naturalmente están á su alcance, las compara despues de percibidas, deduce el conocimiento de sus relaciones, y finalmente se adhiere á aquellas cuya existencia se le prueba con testimonios convincentes. La fé y la razon son distintas; pero están unidas lo mismo que el alma y el cuerpo. No se las puede confundir, porque es diferente su naturaleza; ni tampoco separarlas, porque la mano de Dios las ha unido. Son dos rayos del mismo sol de inteligencia, dos emanaciones del mismo Dios de verdad, y dos hijas del mismo Padre de las luces. Una es la

luz natural, que por la evidencia de los principios ó la clara conecion de las consecuencias arrastra la conviccion. La otra es la luz sobrenatural, que nos descubre objetos superiores á nuestra inteligencia, y que añadiendo la poderosa accion de la gracia á la evidencia de los motivos de credibilidad, forma en nosotros la mas firme certidumbre. Pero dejando de vivificarse la razon sin la fé, se disolveria muy pronto como el cuerpo de que se aparta el alma, y la fé sin la razon seria incomprensible al entendimiento humano, así como el alma no puede revelarse sin el intermedio de los sentidos. La razon es á la fé lo que el cuerpo es al alma: la primera está subordinada á la segunda, lo mismo que las deducciones racionales se hallan necesariamente sujetas á la certidumbre de las realidades evidentes. La razon obra sobre bases que la fé le ha suministrado. He aquí lo que es la ciencia con respecto á la doctrina católica.

En el hombre hay tres cosas muy distintas; el origen, el medio y el fin. Los dos extremos encierran el problema del destino humano fijado por la palabra revelada y transmitido por autoridad y tradicion: con el auxilio de aquel, la humanidad salida de Dios vuelve hácia él como fin ulterior por el vínculo de la religion. El medio de la humanidad es el mundo, es toda la creacion, y es la ciencia con todas sus clasificaciones. Así nosotros no pondremos jamas en duda que la razon humana pueda obtener ciertos resultados, tomando por pun-

to de partida los hechos naturales, y la evidencia que de ellos resulta: en matemáticas, en astronomía y aun en todas las ciencias naturales, cuando no se quiera subir á su origen, ni esplicar sus fines, bastarian para convencernos los monumentos de la antigüedad pagana, las obras maestras de literatura y la perfeccion de las bellas artes, frecuentemente ajenas del pensamiento religioso. Pero si lejos de limitarse á la observacion material de los hechos ó á su arbitraria interpetracion, quiere la razon levantar su vista mas arriba, tratar de Dios, del hombre, y dela humanidad; debe reunir los datos adquiridos á los hechos del órden superior que hallan en la divina palabra tan alto grado de certidumbre: tal es la hipótesis que aceptamos. Mallebranche decia: "Dios es el vínculo de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos." Es el manantial fecundo donde se sacia el ingenio. Si la naturaleza sirve para esplicar la revelacion, la doctrina católica que contiene la revelacion del mundo invisible, debe servir de guía á las ciencias profanas para adelantarse por entre el laberinto de las esperiencias y la multiplicidad de los fenómenos á fin de buscar su esplicacion. Entonces así como los sentidos se dejan dirigir por la razon que certifica sus resultados ó relaciones, la ciencia debe verificar sus planes comparándolos con el órden sobrenatural que conoce por la doctrina católica, y que le da mayor grado de certeza. En virtud de las leyes armónicas que dirigen los mundos del pensamiento y de la

materia, del orden natural y sobrenatural, queda demostrado que las verdades de la doctrina católica son tan comprensibles á la inteligencia, cuanto son mas estensos los conocimientos naturales; y que cuanto mas fuera de duda están las verdades de la doctrina católica, otro tanto mas se ilustra la ciencia humana y adquiere mayor certidumbre. La ciencia es para el hombre la verdad en su forma mas elevada, y estamos obligados á reconocer diversas clasificaciones en su estenso dominio. Es una populosa ciudad con mil torres, en que cada siglo ha construido un templo; mas por grande que sea la diversidad de sus objetos, siempre procura unir lo que tiene de particular, transitorio y múltiplo á alguna cosa que tenga al menos relativamente un carácter de unidad, de permanencia, y de generalidad. Tal es la doctrina católica.

Lo que la distingue eminentemente de las opiniones filosóficas es esto. Pueden estas modificarse segun las preocupaciones y al antojo de las circunstancias; pero la doctrina católica es inmutable en sus dogmas, y descansa en bases que no puede el entendimiento humano separar para sustituir sus miras particulares. Allí hay movimiento y sucesion: aquí todo es inmóvil é invariable. La ciencia se organiza completamente en la unidad, se mueve en este círculo sin límites, y halla el vínculo que reúne las nociones de que se forma. Emanada del elemento divino que la dirige, coordina y vivifica.

Dios, principio de todo lo que existe, ve en sí la razon de todas las cosas; de donde somos inducidos á concluir que la inteligencia infinita revelada al hombre, es el principio de unidad de la indivisible sociedad de los espíritus, el elemento radical de toda inteligencia y el punto de partida de donde el ingenio debe arrojarse cuando quiere dar un paso en la carrera de la ciencia. Haciendo que brille la gran luz de la plena revelacion sobre el orbe del pensamiento, nos dice la postrera palabra de la ciencia de Dios, del hombre y del universo.

El paganismo, produciendo dioses segun sus caprichos, habia negado la unidad del Ser Supremo, alterado todos los atributos que constituyen su divina esencia, y oscurecido en la razon de los pueblos todas las nociones de que se compone la idea de lo infinito. A fuerza de disputar los filósofos racionalistas, acabaron por negar á la eterna sabiduría el atributo de la sabiduría, y á la suprema inteligencia el de la inteligencia. Cuando quiso la filosofía del siglo XIX levantar el velo que cubre á nuestros ojos el Dios oculto en quien nos es preciso creer, reveló su impotencia con sus vanos esfuerzos. Ella hace á Dios una fraccion del mundo ó un rayo de la razon humana, un gran todo ó una nada, la naturaleza, el espacio; palabras todas vacías de sentido. Mas la doctrina católica nos hace concebir á Dios con sus grandes caracteres de permanencia y de generalidad, como causa productora, como soberana razon, como principio de la union

de todos los seres, como objeto que los atrae, y fin á que todos deben caminar. Con su luz nos es dado conocer la misericordia y la justicia, la verdad y el poder, la ciencia infinita y la sabiduría sin límites del Ser Supremo.

En el mundo filosófico se presentan dos sistemas principales para explicar el origen del hombre; su naturaleza y su destino. Segun el parecer de Locke y de Condillac, el *yo* no es mas que una coleccion de sensaciones que experimenta el hombre, y de las que recuerda su memoria: su libertad está subordinada á la accion de los objetos: la materia puede pensar, y el hombre enteramente material no es para ellos mas que una agregacion de partes dotadas de una actividad mas ó menos grande. El panteismo ó mejor el eclecticismo *fenomenal* de Kant, se reduce á mostrar al hombre sin mas que formas de espíritu en lo interior y accidentes materiales en lo exterior, nunca *el nosotros mismos* ó *el ser*; y se envuelve en el mas absoluto escepticismo sobre las cuestiones de la sustancia y del futuro destino del alma. Perdónesenos que no nos estendamos tocante á los sistemas de aquellos filósofos nuestros contemporáneos, que no han visto en el hombre mas que un ser sometido á las leyes de la fatalidad, y le han asemejado al bruto, ó igualádole al Eterno. Tan cierto es que sin estas tres ideas de creacion, de distincion entre el espíritu y la materia y de mundo venidero fluctúa el entendimiento humano á la ventura en una vaguedad infinita,

parecido á un piloto desorientado que no conoce el punto de que salió, ni las regiones que cruza, ni el puerto á que debe dirigir su rumbo.

Pero la doctrina católica, poniendo el hecho de la creacion al principio de todas las cosas, nos convida á considerar en el hombre un ser infinito que pertenece á dos mundos, y cuya misteriosa existencia está ligada con una cadena doble á las variables revoluciones del tiempo y al órden inmutable de la eternidad. Nos enseña que el cuerpo debe estar subordinado al alma: que el hombre es el rey de la creacion, y que su verdadera patria es el cielo. Todo atestigua sin duda la caida de los ángeles y del hombre: este es el fondo de la historia de todos los pueblos, y por todas partes subsisten las huellas de esta gran ruina: aun en el hombre se reconocen vestigios de esta perturbacion que el crimen produjo en la naturaleza. En su frente lleva, si no con caractéres de sangre, al menos en signos indelebles esta siniestra sentencia: *ser degenerado*. Sin embargo, despues de seis mil años que el hombre está marcado con este sello misterioso, ninguna filosofia ha podido romperle. El racionalismo, ciñendo á sus cortas ideas el plan del Criador, emprendió explicar este venerable fundamento de nuestra creencia á fuerza de investigaciones científicas, y acabó por negarle. Pero la doctrina católica lleva el pensamiento hácia este suceso misterioso, que la mas antigua tradicion coloca en el origen de las generaciones humanas. Nos revela que la huma-

nidad se estrelló en la cuna, de resultas de una gran caída, cuyo ruido ha resonado en todas las edades, y nos esplica lo que queda inesplicable para todos los que le ignoran ó le niegan. Nos le muestra buscando el gérmen de todas las medras de su vida terrena, y el camino que debia conducirle á la mansion de la felicidad, en la muerte de aquel que restauró la abatida naturaleza humana por medio del sacrificio mas augusto. El cristianismo, mas ilustrado que la sabiduría humana, dice al hombre: rey destronado, levántate de ese abatimiento en que yaces: la nada no es tu herencia, y si estás condenado á morir, la muerte no sellará tu sepulcro: del cielo procedes, y allí es donde debes descansar de todas tus fatigas despues de la noche de la vida.

¡Qué alegría, ó Salvador de los hombres, nos cabe en dar este glorioso testimonio de la veneracion que profesamos á la doctrina que nos enseñásteis! Alumbrando esta al género humano con su viva luz, nos descubre los principios de cuanto nos importa saber. ¡Ojalá la tomen por su guía en algun tiempo los que ahora la desdeñan sin conocerla bien!

En lo antiguo inventó el ateismo los átomos para borrar en la naturaleza el nombre de Dios; y la filosofia materialista ha reproducido despues el sistema de una materia eterna que ecsiste por sí misma. Hay tambien algunos filósofos del siglo XIX, que parece no han repudiado este error; pero la doctrina católica dicta al hombre que el universo es la sublime operacion del Eterno, cuya gloria campea

en la tierra, así en lo infinitamente pequeño, como en lo infinitamente grande. La creacion no es simplemente una idea, es un acto del Eterno, que quiso dar un signo exterior de su omnipotencia; y en este concepto tiene analogía con el universo, que es una reunion de hechos. Quitad este dogma, y toda la cosmología desaparece. La idea de la creacion es una necesidad del entendimiento humano, porque así le constituye con relacion al conocimiento general del universo en una situacion correspondiente á la en que él se esfuerza en colocarse para cada órden particular de los conocimientos. Ella le conduce á la distincion del espíritu y la materia; distincion que orienta al entendimiento del hombre en el inmenso porvenir, mostrándole el mundo actual como el pórtico misterioso del futuro. Le esplica los designios de Dios, y elevándole del estudio del universo á la sencillez del divino pensamiento, así como el gran astro de la naturaleza que mezcla á sus resplandores sombras augustas, le hace leer todo lo que puede descubrirse en los eternos pensamientos escritos en las revoluciones de los tiempos, como otros tantos caracteres misteriosos. Ella consulta á todas las grandes ruinas, sembradas en el curso de los siglos. Atado está el universo entero con una misteriosa cadena, ó mejor con cierta razon que establece relaciones semejantes entre los diferentes términos de la progresion de los seres, y permite, mediante ciertos datos, descubrir los términos incógnitos. Esta razon, que for-

ma la cadena del mundo invisible y del visible, es la sagrada marca que Dios ha impreso en todas sus obras: señal tanto mas oscura, á medida que se va bajando de la escala de la creacion, pero que se ilumina al contrario cuanto mas nos acercamos al trono de Dios. La doctrina católica es un rayo emanado del Sol de las inteligencias, en el que deben irse á encender las antorchas de toda ciencia. La perfeccion á que ella convida á los humanos, se realizaria en un estado de cosas, en que la grande estabilidad de la fé se combinase con la mayor actividad intelectual. De esa cruz de madera que enarbola en la cúpula de nuestros templos, como en los chapiteles de los palacios reales, derivan gradualmente las perfecciones del ingenio humano.

Dadme materia y movimiento, decia Descartes, y yo construiré un mundo. Dadme verdades, puede contestar el ingenio humano, y yo formaré las ciencias. No puede obrar sobre la nada: no puede mas que unir con el pensamiento seres ya ecsistentes: los estudia, los compara, los reune, y de su concurso hace que resulte un sistema. Pero como solamente puede el ingenio fecundar sus elaboraciones apoyándose en las bases elementales, sentadas por la mano de Dios; así solo mientras no pierda de vista el objeto de todos sus esfuerzos, es llamado á hacer adquisiciones. Del mismo modo que todo lo criado tiene un fin, que es la eterna verdad, Dios. Todo cuanto subsiste, es sin duda distinto de él; pero porque todo cuanto tiene ser ha salido

de su seno, tambien todo tiene en él sus raices. He aquí por qué Dios es el supremo fin, hácia el que debe dirigirse toda verdad. Es así que la ciencia no es otra cosa que una reunion de verdades que gradualmente se manifiestan al ingenio humano; luego si se arroja por entre los objetos intermedios hácia aquel, que es el primer eslabon de la cadena intelectual, desde luego se constituye y adelanta. Pero si ella se olvida de sí misma hasta repudiar su fin sublime, retrocede y cae, porque una culpable tendencia la estravia apartándola de su verdadero destino. El aspecto con que miramos el fin inherente á las doctrinas, descansa sobre las mismas bases del órden moral y se reproduce en todas las páginas de la historia de la ciencia. No tememos afirmar que las doctrinas que han hecho progresar mas pronto al entendimiento humano, son aquellas que ha consagrado la religion, elevándolas á su noble fin. Por ejemplo, de todos los sistemas de la antigua filosofia, el que mas adelantó en la vida del progreso, fué sin contradiccion el de Platon, porque fué religiosa su tendencia: fuera de sus errores parece que era el prelude de la regeneracion intelectual por Cristo. Y si nos fuera dado bosquejar en grande los caractéres que distinguieron las principales épocas de la humanidad, comparándolas con las leyes esenciales del ingenio del hombre, se advertiria cuán fructuosos han sido siempre los esfuerzos de la inteligencia, bajo la influencia de los principios religiosos.

En general, la filosofía en el Oriente no fué otra cosa que el reflejo de la religion: por eso se descubren en ella tantas verdades, y verdades tan profundas, que no podemos menos de descubrir en la cuna del género humano la patria de la mas alta filosofía. Si el movimiento socrático le hizo dar un gran paso con el adelantamiento de la libre reflexión, jamas pareció mas digno que cuando despues de haber salido violentamente del seno del culto, volvió á incorporarse á él bajo los auspicios de hombre que se pusieron de acuerdo con los misterios y la religion. El elemento radical de la edad media fué el cristianismo: por tanto, á él se debe esa tan célebre filosofía, aunque poco apreciada por muchos, que se llama escolástica. Es tan digna del entendimiento humano, que segun el lenguaje de un filósofo coetáneo (1), es probable que en el dia si se ecsaminase la escolástica, se quedaria uno tan atónito de comprenderla y hallarla muy ingeniosa, que se miraria como una maravilla." Mientras la filosofía veia por fin que á su presencia se abria el santuario de la verdad, si brillaron las bellas letras en todo su esplendor, es porque el género humano habia crecido á toda la altura del nuevo culto. Y si de lo alto del trono en que le colocó la mano divina, el hombre reedifica con las ruinas en este mundo de la historia las ciudades y los imperios que el tiempo se tragó; si la fisiología y la

(1) El Sr. Cousin, *Curso de Filosofía*.

geología esparcen entre nosotros tantas luces sobre nuestro origen y el destino de la tierra; si sometiendo al espíritu matemático la ciencia de la naturaleza, nuestro siglo le ha dado una marcha racional que ha causado tantos progresos en la investigacion de la verdad; todo es porque el tiempo, en que los mismos sábios parece que deliraban, pasó ya; y porque la generacion actual, dejando en el fondo de su sepulcro lamentables teorías, prefiere entonar hácia el cielo el cántico de vida, que ir á cantar himnos de muerte junto á la estatua de la nada. Las mil sendas de la ciencia se reúnen para proclamar la doctrina católica; y de concierto con ella, se encaminan en perfecta armonía á conseguir nuevas conquistas. Este es el camino que debe seguir la ciencia para llegar realmente al triunfo y á la gloria.

No, agitándose al acaso ó contra la voluntad soberana, no es posible que llene sus deberes. Al modo que si uno de los innumerables globos, cuyo movimiento regular concurre á la armonía del universo, llegase á traspasar su órbita, sin duda alguna ocurriria un trastorno en el mundo material; el mundo intelectual no podria menos de conmoverse hasta en sus cimientos si quisiese la ciencia volar fuera de la esfera de actividad, en que le plugo al Todopoderoso situarla. Las inteligencias tienen sus leyes como los cuerpos, y la doctrina católica es la via por donde deben caminar, porque está arreglada por la fé. La fé es la unidad, lo que precede

de Dios: la ciencia es el adelantamiento, lo que procede del hombre en el orden intelectual. Por un lado una razon infinita y por solo esto infalible: por otro una razon limitada y por ello sujeta al error. Rousseau decia: "Frecuentemente la razon nos engaña, muchos derechos hemos adquirido para rehusarla." Si apoyada en datos anteriores, la ciencia humana quiere marchar adelante, es necesario que ejercite su actividad en el grado que le sea propio y posible para apoderarse de la verdad infinita que se le ha manifestado con la forma finita de la palabra, y que fecunde, tomando por regla la fé, el gérmen divino depositado en su seno por ella. Este movimiento de la ciencia es un deber que tiene su razon en las primitivas relaciones de la inteligencia humana con la inteligencia divina: es un derecho cuyo título escribió el mismo Ser eterno en la frente del hombre, imprimiendo en él los mismos contornos de su imágen. Por tanto, la ciencia que toma sus luces de la fé, para disipar las sombras que ocultan los objetos de nuestras investigaciones, nos constituye mas y mas semejantes al tipo sobre que fuimos formados, sin que jamas podamos ni igualarle, ni llegar á él. Ella es la realizacion de la ley natural, que llama hácia Dios á todos los seres emanados de él. La observacion y la induccion son entonces para ella dos poderosas palancas, que hasta su alcance levantan al mundo de las inteligencias y de los cuerpos para que pueda contemplar á su sabor todas las rique-

zas. ¡Qué espectáculo tan hermoso! ver al hombre á la luz de la antorcha de la fé y con el hilo de la análisis en su mano penetrar en el laberinto del pensamiento, sondeando sus complicadas revueltas, y seguirlos en sus combinaciones y comunicaciones! En sus escursiones por los datos del mundo material, se sirve de los recientes descubrimientos como de escalones para elevarse á los ulteriores, y trepa sin descanso por los caminos de la luz por donde la ciencia limitada del hombre tiende seguramente á la del ser infinito. No puede uno menos de esclamar con admiracion al contemplar este espectáculo: "Ahí teneis al rey de la creacion que el Eterno ha coronado de gloria y honor". . . . Así es que los verdaderos sábios en todos tiempos y entre todos los pueblos, fueron guiados por la fé en sus doctas tareas. S. Agustin y Santo Tomás poseian todos los conocimientos de su siglo. En sus inmortales descubrimientos Keplero debió menos á la observacion, que á las ideas de proporciones y de armonía que habia bebido en las verdades del orden sobrenatural. Leibnitz, que si se hubiera educado en el santuario, hubiera sido sin contradiccion el mayor ingenio de su siglo, debió su gloria á la region de las esencias, es decir, á los divinos tipos de que estas eran figura, y que percibia él mas allá de las ciencias naturales y matemáticas. Es seguramente el mismo pensamiento que dió á luz al gran Bossuet, y que ha dado al mundo despues de Maistre, de Bonald, de Chateaubriand y el padre Ven-